



Varinia Brodsky:

“Mucha gente viene con ese prejuicio de que en los museos no hay nadie”

La nueva directora del Museo Nacional de Bellas Artes dice que está el “mito” de “que el mundo de la cultura y las artes era una cosa de nicho, ajena. Soy una convencida de que eso no es así”.

Por Loreto Flores Ruiz

Dos acontecimientos marcaron la niñez y juventud de Varinia Brodsky (45), la nueva directora del Museo Nacional de Bellas Artes (MNBA). El primero ocurrió en marzo de 1985, cuando era alumna del Colegio Latinoamericano de Integración y fueron detenidos, en la puerta del establecimiento, el profesor Manuel Guerrero y el sociólogo José Manuel Parada. “Nos tocó todo ese momento de horror. Tenía siete años y lo viví como una niña. Nos impactó a todos y nos marcó la vida, porque nuestro colegio era una familia, un espacio de seguridad y haberlo vivido fue muy doloroso. Toda nuestra infancia estuvo marcada por eso”, recuerda hoy, sentada en su espaciosa oficina con vista al Parque Forestal, mientras toma un café negro.

El segundo hecho, ocurrió una década después, durante su adolescencia. “Mi abuela materna, que era una mujer muy cercana y maternal conmigo, murió en 1995 en el incendio que ocurrió en la Portada de Vitacura y eso fue determinante también. Fue un impacto”, confiesa.

Varinia Brodsky es la mayor de tres hermanos, con siete y diez años de diferencia con cada uno de ellos. “Fui hija de padres muy jóvenes que eran estudiantes. Mi papá estudiaba Literatura y mi mamá Pedagogía en el Pedagógico. Mi papá era dirigente estudiantil. Pertenezco a una familia vinculada a la política”, sostiene. Es hija de Ricardo, quien fue director de los museos de la Memoria, Gabriela Mistral y Benjamín Vicuña Mackenna. “La coincidencia que mi padre haya sido director de museos es paradójal, porque partí mi magíster mucho antes de que él empezara a trabajar en museos (ríe). Es una bonita coincidencia, él más del lado de la política y yo desde el arte”, sostiene.

La directora del MNBA asumió su cargo el 13 de septiembre pasado, aunque trabajaba en el museo desde mayo de 2022 como coordinadora artística. Estudió Arte, con mención en Pintura, en la Universidad de Chile. Quedó embarazada en el primer año de la carrera y le tocó compartir los deberes de estudiante y madre. Muchas veces asistió a la escuela con su hijo en brazos.

De esos años universitarios, dice que “lo más marcador fue mi profesor de pintura, Francisco Brugnoli. Él fue mi mentor, vio mi trabajo, me observó, me descubrió, logró captar la posibilidad de una artista y me impulsó a trabajar, a profundizar y a crearme el cuento. Eso fue muy determinante en mi quehacer futuro. Coincidió también con su cargo como director del Museo de Arte Contemporáneo (MAC). Él nos mostraba este otro lado de la gestión”.

Al terminar la licenciatura, junto a su pequeño hijo, se trasladó a España para hacer un magíster en Museografía y Exposiciones en la Universidad Complutense de Madrid. “Fueron años duros, trabajaba de mesera, haciendo limpieza y joyas que vendía en las ferias de artesanos. Pero tenía la claridad de sacar un estudio que me permitiera tener autonomía y hacer cosas de manera independiente. Cuando decidí eso tomé un camino,

que fue desvincularme del mundo de la creación, lo que fue una especie de sacrificio personal, porque esa era mi vocación, pero me fui por la vía de la gestión, porque también se me abrió un mundo que no conocía, el de los museos. Fue una decisión muy pragmática”.

“El arte y la cultura deben ser una necesidad”

—¿En algún momento vivió de la pintura?

—Nunca viví de la pintura. Hice orfebrería desde los 15 años y eso me permitió tener una manera de subsistir. Cuando regresé a Chile viví dos o tres años de la venta de anillos y tejidos. Trabajaba en la mañana tejiendo y en las tardes me iba a las oficinas públicas a vender. En paralelo, con una amiga formamos un proyecto independiente que se llamó «Cité Jofré Al Fondo», que era un centro cultural. Ese espacio lo abrimos con la primera exposición gráfica de Juan Emar. En paralelo, hice mi pasantía del magister en el MAC. Brugnoli me recibió como practicante.

—¿Cómo es llegar a dirigir un museo cuando la noción misma de museo está en crisis? Se ha transformado en un escenario donde los más jóvenes van a sacarse *selfies*.

—Después de la pandemia hay un cambio de paradigma. Estaba instalado el mito que a los museos no venía nadie, que a nadie les interesaban, que el mundo de la cultura y las artes era una cosa de nicho, ajena. Soy una convencida de que eso no es así. Eso se está dando, al menos aquí. Una de las cosas que me maravilló al entrar acá, fue la cantidad de personas que ingresan a este museo a diario, en promedio, unas mil quinientas personas, con visitas maravillosas de escolares. Tenemos mucho público de colegio que viene día a día. Llegar en la mañana y que haya una fila de gente esperando para la apertura del museo es muy emocionante. Mucha gente que viene constantemente con ese prejuicio de que en los museos no hay nadie, se impacta de la cantidad de gente que está circulando permanentemente.

—¿Eso no pasaba antes?

—Trabajé diez años en el MAC, que es mi referente y era difícil convocar. La gente muchas veces no sabe que los museos públicos son gratuitos desde 2015. Tenemos entre tres mil y cinco mil visitantes los fines de semana. También eso va nutrido con una programación que, particularmente este año, ha sido muy potente, porque nos hemos jugado por grandes artistas nacionales y eso ha tenido una respuesta muy positiva. Estamos muy felices de lo que ha significado ese esfuerzo, porque son exposiciones de alta exigencia.

—¿Cuál fue el cambio que ocurrió post-pandemia?

—Mi teoría es que la necesidad de las personas, que todos tuvimos, de poder conectarnos con la comunidad, unos con otros, salir de nuestro encierro y de la realidad doméstica era a través del mundo de la cultura y las artes. Todos tratábamos, a través de internet, de poder vincularnos con alguna otra cosa que estaba ocurriendo, que nos generara asombro, que nos entretuviera, que nos abriera un poco la mente. Todas las instituciones, los colectivos, el teatro y los artistas

empezaron a poner a disposición distintas maneras de expresión, para seguir creando y sobrevivir. Esa necesidad quedó. Para mí, el arte y la cultura deben ser una necesidad. Cuando se abre y se empieza a volver a una cierta normalidad es cuando empieza a llegar la gente, sobre todo, jóvenes. A partir del año pasado, más de la mitad de los que nos visitan son personas entre los 17 y 30 años. Eso habla de un cambio de paradigma. La relación desde la virtualidad, justamente la *selfie*, se cruza con lo que el museo ofrece, que es la obra in situ. De alguna manera, hubo un *match* entre una generación y este otro mundo que estaba más bien descontado y eso es inspirador no sólo para las personas que trabajamos en el museo, sino también para los artistas y los curadores.

—Por lo tanto, según su visión, los museos no estarían en crisis.

—Desde mi punto de vista, los museos luchan a diario por dar lo mejor de sí, es un trabajo arduo. La crisis es más bien una cosa mucho más histórica, que tiene que ver con temas de financiamiento. Un museo tiene que saber situarse en su contexto y poder quebrar ciertas fronteras, no podemos justificar en la crisis o en la ausencia de financiamiento una falta de desafíos. Siempre hay que autodesafiarse y lograr traspasar las problemáticas que ya sabes cuáles son y que todos trabajamos y esperamos que mejoren.

—Después de la pandemia se le impusieron medidas de austeridad al museo. ¿Cómo se lo lleva a un siguiente nivel con escasez de recursos?

—Soy una convencida como gestora cultural que la generación de redes puede crear realidades. Creo mucho en eso. El presupuesto de un museo público tiene muchas limitaciones, pero confío en los contactos, en las alianzas. Tenemos una «Fundación Bellas Artes» que está muy alineada con nosotros para el desarrollo de proyecciones, con vinculaciones con el mundo privado. Eso no me asusta. Me contextualizo en la realidad y desde ahí buscamos posibilidades.

“La falta de espacio es una realidad”

—¿Los ha afectado el deterioro del centro de Santiago?

—Nos afecta más bien desde una lógica de carácter social y humanitario. Hay muchas personas en situación de calle alrededor del parque, y eso va más allá del funcionamiento del museo, nos afecta como seres humanos. Tal vez este sector no ha estado tan afectado como el resto del centro cívico, porque este barrio, el Bellas Artes, con todo el eje cultural que tiene se ha estado reactivando con los restaurantes y bares. Está muy vivo y hemos ido retornando a la normalidad.

—Es evidente que el consumo cultural y de entretenimiento de los chilenos migró a otras plataformas. ¿Cómo hará para aumentar las audiencias presenciales?

—Con un impulso importante, muy creativo, trabajar con buenos artistas, en el sentido de que sean contenidos que logren generar inquietudes, interrelaciones, interesantes. El equipo de mediación del museo es muy importante para generar esas fide-

zaciones de ciertos grupos, sobre todo con escuelas. Para mí, es súper importante transmitir una línea editorial nítida, que la gente pueda entender que el museo está trabajando con cierta dirección y, en la medida en que eso se va consolidando, genera fidelización. Me ha tocado, en estas últimas semanas, e incluso meses, que muchas personas se me han acercado y me dicen que han venido por primera vez al museo cuatro o cinco veces en dos meses. Eso es porque se les está entregando contenidos que son relevantes y quieren regresar; ya no es la visita a la exposición desde el paseo contemplativo o la experiencia estética, sino que es venir, volver, leer los contenidos, querer saber más. Todo eso significa tener una experiencia, así uno descubre cosas y el museo tiene que proveer eso.

—¿Cómo se integran las nuevas generaciones de artistas a las colecciones clásicas del museo?

—En los últimos años el museo ha adquirido obras de grandes artistas contemporáneos. Es importante decir que las políticas de adquisición son la ruta para poder ir generando esa idea de lo que queremos de un patrimonio futuro. Trabajamos con un comité interno y se hacen los estudios. La línea de artistas jóvenes es un espacio que me gustaría mucho poder fortalecer. Me parece relevante aportar en el impulso de carreras de artistas más jóvenes, desde la valoración y reconocimiento de su trabajo actual.

—Se sabe que la falta de espacio para mostrar la colección del museo es uno de los principales problemas. ¿Durante su administración es algo que espera abordar?, ¿existe una posibilidad realista de que el museo se pueda expandir? Los anteriores directores lo han intentado y han fracasado.

—La falta de espacio es una realidad. Un museo construido en 1910 no puede cubrir las mismas necesidades en 2023. Es un problema que ha existido siempre y depende de gestiones y factores que exceden a la dirección del Bellas Artes. Tiene que ver con muchas más entidades públicas para lograr determinados acuerdos y pasa por una posibilidad de presupuestos, que implique un buen ofrecimiento para el Museo de Arte Contemporáneo y una nueva perspectiva para el Bellas Artes. Si pienso un plan de gestión bajo mi dirección, que será de tres años, no creo que eso esté dentro de las realidades que yo pueda ver. Si pudiéramos tener una colección permanente en todo el museo, con el espacio actual, estaríamos hablando de cerca de un 2% de la colección expuesta. Por ende, este museo trabaja permanentemente, de manera dinámica, con sus colecciones. En términos de exhibición y de acceso público, esa es la realidad, por eso me interesa abordarlo desde el mundo de las nuevas tecnologías, porque es una posibilidad poner ese patrimonio en acceso.

—Al menos en un comienzo, gobierno del Presidente Boric contaba con la simpatía del mundo cultural. ¿Qué cree que falta abordar en esta materia?

—Fortalecer el mundo de los patrimonios y que los museos podamos caminar hacia una posibilidad de empoderamiento.



A partir del año pasado, más de la mitad de los que nos visitan son personas entre los 17 y 30 años. Eso habla de un cambio de paradigma”.



No podemos justificar en la crisis o en la ausencia de financiamiento una falta de desafíos”.